El soliloquio de Adán

Patricia Corres Ayala

Adán sigue solo, aun cuando el mundo y la mujer se hayan creado para servirle. Tal vez sea el motivo por el cual se siente siempre solo, porque no hay otro como él; porque la otra no tiene identidad propia, vive *para* Adán y cree que esto le da sentido a su existencia.

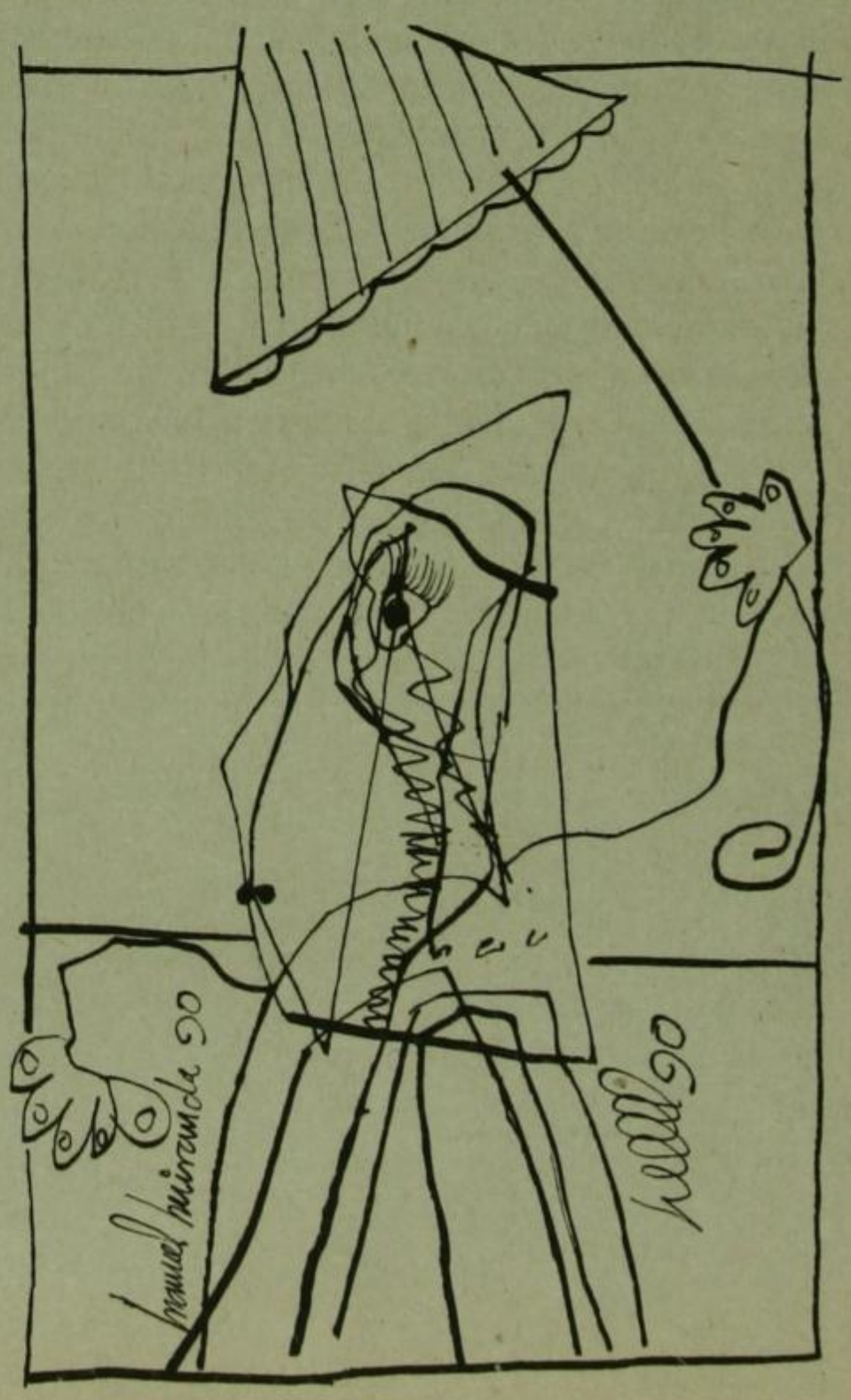
Adán se sirve de Eva y se vive superior; porque servir al otro siempre se ha considerado como un acto de inferioridad y servirse del otro se percibe como una posición de superioridad. Esto es una ilusión de hecho, pues lo cierto es que el que recibe depende realmente del que da, y el que da tiene de sobra, tiene más.

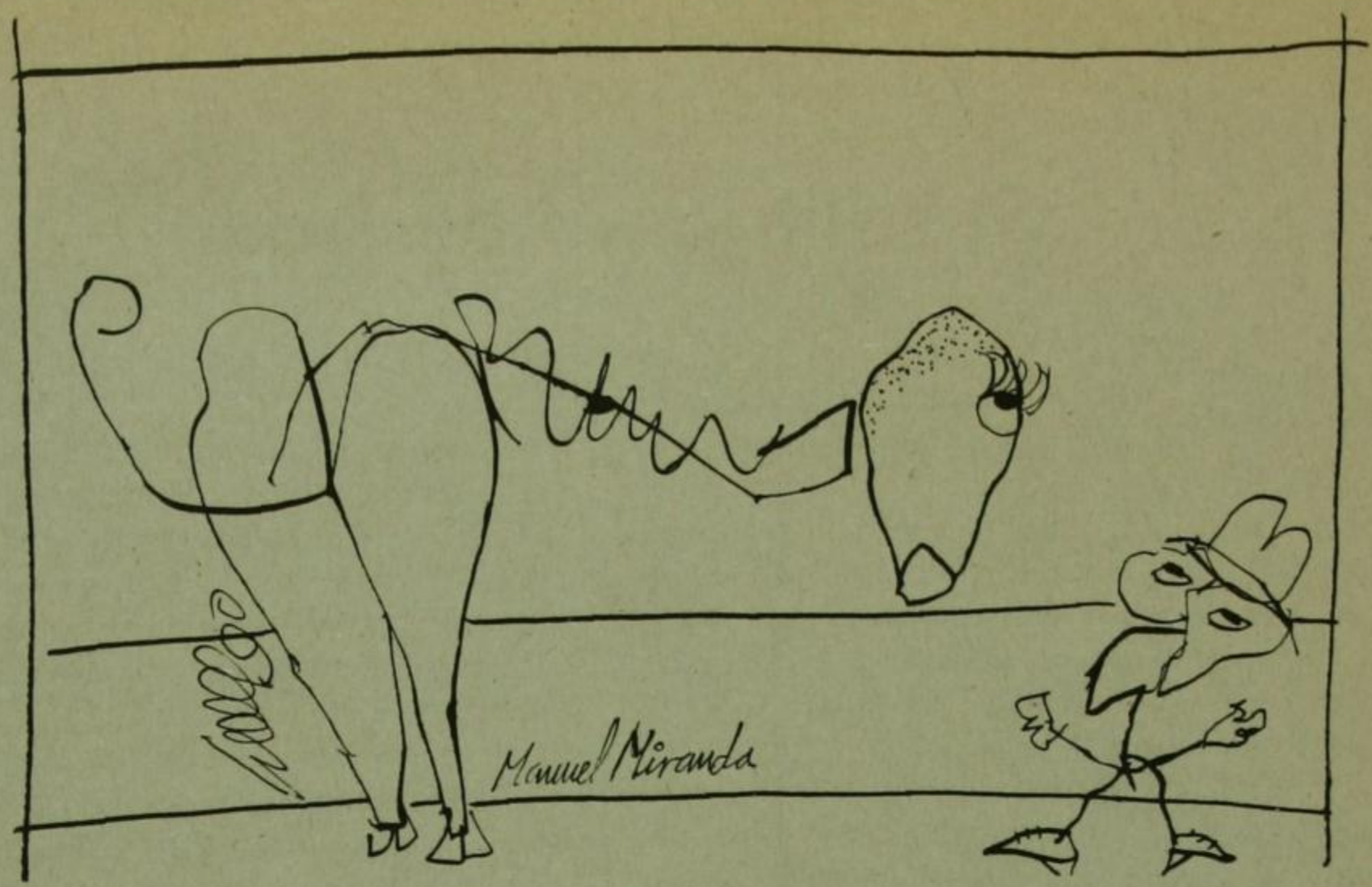
Pero así no se entienden las cosas y Adán sigue solo; ya no cree en Dios pero continúa pensando que el mundo y la mujer se hicieron para él. Es su razón la que le dice esto; y entonces le pone nombre a los objetos, a los animales, a las plantas, a los acontecimientos, y cree que los conoce, que tiene conciencia de ellos. No se cansa de decir que las cosas son las representaciones que él tiene de ellas; o bien afirma que las cosas son las palabras que él ha usado hasta ahora para nombrarlas. Pero esto no es cierto, las cosas, las representaciones y las palabras son tres dimensiones irreductibles de lo real. Nada más que Adán es incapaz de verlo de otra manera, porque siempre se le ha dicho que el mundo está hecho para él, para que se divierta, para que sufra, para que lo conozca, para que lo use. . . para lo que sea pero siempre para él.

Ese espíritu religioso de la versión bíblica del origen del universo y la humanidad, pone al servicio de Adán todo lo creado. Ese espíritu de superioridad que más que confortarlo, lo agobia, gestó el demonio de la conciencia, de la razón; porque era necesario acallar a sus propios instintos que le gritaban y le gritan: – ¡no eres el único, ni tienes nada de especial! Era menester generar un artificio de pensamiento que justificara la tiranía ejercida sobre Adán y sobre toda la creación. Sobre Adán porque no hay mayor tiranía que su propio pensamiento le exija ser el rey, el sabio, el poderoso, creerse el hijo de Dios, cuando en realidad él tiene el mismo origen que todo lo existente: proviene de la naturaleza. Y tiranía sobre las cosas al considerar que el único conocimiento verdadero del mundo, se construye a partir de los preceptos de la ciencia. Tiranía sobre las sociedades al postular con toda soberbia que sólo los Estados pueden gobernar a los pueblos, cuando de hecho es la razón de Adán que se está poniendo en práctica, sometiendo a los individuos. Tiranía sobre la mujer, esa alteridad vista así desde la perspectiva de los ojos de Adán, que obliga a hacer su voluntad, cuando ni él sabe quién es, qué quiere y hacia dónde va.

Pero pedirle a Adán que piense y vea de otro modo, significa invertir mucho esfuerzo, más aún porque pocos están convencidos de que esto es un trabajo para *todos* pues las consecuencias son innumerables y afectan a toda la creación humana (arte, ciencia, sociedad, cultura, política, filosofía, educación, etc., etc.).

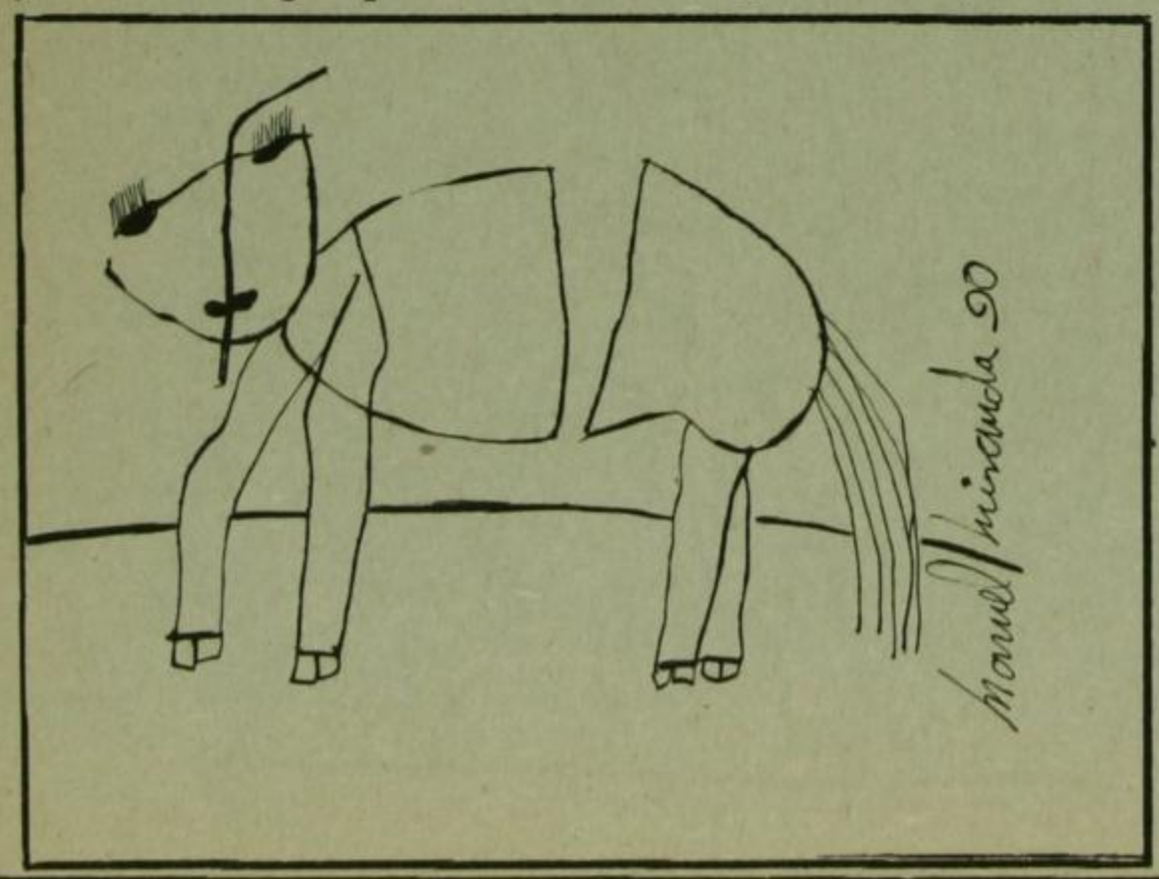
Pedirle a Adán y a Eva que piensen diferente, es tanto como pedirles que entiendan al poder no como privilegio. sino como servicio o, más bien, que entien-





dan *el poder del servicio*; porque el poder siempre es *para hacer* algo, nunca es un fin en sí mismo. Es pedirles que no se engañen creyendo conocer al mundo a través de sus ideas y sus discursos, sino que se regocijen en la realidad conceptual y lingüística que ellos mismos han creado; con eso basta. Significa, además, pedirles que descubran un mundo diferente de cosas que, a su vez, son indiferentes a lo que se pueda pensar o decir de ellas; cosas que están ahí, y es suficiente.

Todo esto llevaría a cambiar la fisonomía de Adán, quien viviría con menos carga y andaría con menos peso por la vida, más ligero, más libre, en el Paraíso; porque esto tampoco es cierto, que Adán fue expulsado de ahí por hacerle caso a su mujer; hasta donde yo sepa, de lo único que ha sido expulsado es del vientre de su madre, gracias a la otra madre: la naturaleza. . . –y ¡qué bueno! porque nada es más bello que respirar y ver, y tocar y gustar y pensar y hablar. . . y todo eso que podemos hacer a partir de que nacemos – ¡quién sabe por qué a alguien se le ocurrió decir que la situación más placentera es la de estar en el vientre materno! cuando eso a nadie le consta, puesto que todos lo hemos olvidado.



Adán y Eva siguen en el Paraíso, no hay otro; el cielo y el infierno son producto de la tiranía de la razón sobre los instintos (según los cálculos de la razón, seguramente hay más mujeres que hombres en el infierno; y si encontramos algunas en el cielo, es que están abanicando a los hombres).

Este Paraíso tiene que volver a florecer porque casi está hecho un desierto; por eso Adán está solo. . . y Eva también. Tenemos que hacer el esfuerzo, y lograr que Adán entienda que no es el único que está hecho a imagen y semejanza de Dios, porque si a los autores los conocemos por sus obras, todo es la imagen de Dios (es decir, de la naturaleza. . . – ¡ay, ya lo cambié de sexo!) y ahí se acaban los privilegios.

Eva, por su parte, debe comprender que no existe únicamente para servir a Adán (con todas las acepciones que pueda implicar la palabra servicio), sino para ser ella misma, para quererse y tener sus propios intereses, pues sólo cuando viva su individualidad, podrá sentirse universal, es decir, no mujer de un hombre, sino mujer, y nada menos que eso. Pues Eva también está sola, le falta su propia presencia.

Así, cuando esto suceda, Adán y Eva se podrán brindar compañía, porque la compañía requiere al menos de *dos*. Se trata de que Adán piense en Eva, no por Eva; y se trata de que Eva piense en ella y por ella; así podrá pensar con Adán, no para Adán.

En fin, tal vez transformemos este mundo involucrándonos en un nuevo pensamiento, donde las cosas tengan valor por sí mismas y donde Eva y Adán puedan sentirse bien, solos y acompañados.